

TERRANOVA EN OTOÑO

Terranova parece que iba a cambiar de nombre. No precisamente para llamarse Terravella, como pudiera estar bautizada por gallegos y portugueses, que hace ya bastantes siglos la llamaron Isla de Bacalaos. Terranova parece que iba a llamarse... tierra de promisión pesquera. Algo así como un Eldorado de viva y sabrosa plata, capaz de convertir en el mismo metal, el hierro o el acero de las cascos de nuestras parejas de arrastre.

Ahora, en este otoño ceñudo y brusco, chorreante de lluvias y vientos por el que vamos navegando con tanta dificultad, Terranova se esfuma un tanto, como promesa mágica y redentora. Estamos al final de la temporada, y si se hiciera un balance escrupuloso, en el cual se compensaran las pérdidas de todos con las ganancias de todos, es posible que el pesimismo volviera a inundar nuestro ánimo.

Convengamos en que tal vez las cosas han salido demasiado bien en un año, y demasiado mal en otro, pero convengamos también en que acaso la aventura se ha reemprendido con cierta despreocupación, al menos por parte de algunos.

Aunque Terranova no sea tan propicia como en algún momento ha parecido a los parejeros españoles, representa en nuestra progresión pesquera una conquista que no puede abandonarse. Es necesario poner a punto las armas para no perderla, y hasta para llevarla adelante, con mayor brío si es preciso.

Las armas son la organización. No diremos que todas las malandanzas que este año soportó la flota, pudiera ser evitadas apurando nuestras previsiones. Un gran número de ellas, desde luego. En todo caso, urge establecer bases eficientes, en nuestra costa, y si es posible, en alguna de las islas contiguas a los caladeros. Lo que no resistiría la valerosidad de nuestro esfuerzo, es la ineficacia de la organización comercial aquí y la sangría suelta de los suministros por manos extrañas, allá. Atajemos cuanto antes estos dos males, mediante la cooperación gremial, la recíproca inteligencia para los fines de conveniencia común.

MAREIRO.